

Cuando al país regresa la esperanza de que se aproxima un futuro mejor, Landínez inicia de nuevo la guerra civil, "considerando los superiores intereses de la nación".

Landínez pretende ser un gran patriota, que solamente piensa en el destino de Colombia, pero en realidad, no es más que un logrero de la guerra, que en los peores momentos de la crisis ya tenía embarcados sus baúles.

Al final la historia de las intrigas del coronel Landínez pasa en cámara rápida, contado desde el punto de vista del embajador inglés, a través de las cartas que escribe a su ministro. La novela termina como un cuento fantástico: tres reyes del lejano Oriente vinieron para ofrecerle al coronel una participación en las minas del rey Salomón a cambio de su dirección en siete guerras, que ellos pensaban llevar a cabo para la purificación moral de sus pueblos.

En resumen queda la triste comprobación de que los manejos del poder del capital que se mantenían vivos hace más de un siglo siguen rigiendo el futuro de sociedades enteras.

HELMUT SPREITZER

El pícaro ¿Narciso?

Fugas

Oscar Collazos

Planeta, Bogotá, 1990, 195 págs.

Como quien intenta escribir sus memorias, se da comienzo a un recuento muy personal de la vida de Fabricio Ele, personaje central de la novela *Fugas* y alter ego de su autor, el señor Oscar Collazos.

A partir del subtítulo, "De la picaresca y el teatro: autobiografía de un embustero" y el segundo, más concreto, "O de la picaresca y el teatro", es posible pensar que se trata de una novela en el mejor estilo posmoderno, que vuelve sobre la tradición para renovarla, sin un ápice de ingenuidad.



Un pícaro en el siglo XX fue lo que esbozó Truman Capote en su novela autobiográfica *Plegarias atendidas*. No pudo terminarla, dejando sólo tres capítulos, pero probó que es un válido reto para un auténtico novelista de hoy.

Por desgracia, el libro de Oscar Collazos sólo lleva esta idea como etiqueta, como atractivo de la cubierta, como supuesto que los epígrafes (*El buscón* de Quevedo y *Félix Krull* de Thomas Mann) corroborarían.

El personaje central y voz que narra vive una cadena de aventuras bastante comunes. De madre prostituta (tema recurrente como un fantasma) y padre desconocido, deja la casa, conoce a una primera mujer, también prostituta, que lo adopta, y se convierte en actor de circo por accidente. De allí se fuga a la primera oportunidad. Luego seduce a una mujer (viuda y dueña de un hotel), toma de ella lo indispensable y huye de nuevo. A la altura del capítulo III conoce a un personaje mudo y erudito que hace las veces de profesor de letras y lo convierte en declamador. Desde el podio de las declamaciones, tima a una jovencita de provincia, rica y enamorada. El pícaro de Collazos, al final de sus aventuras y con el usufructo de lo robado en sus manos, se fuga, por última vez, allende el océano, a escribir sus memorias.

Aparentemente hay mucha acción en el libro, pero no es cierto. Este resumen trata de contar, simplemente, los avatares que la caracterizan pero haciendo una salvedad: los hechos descritos, que parecen múltiples y

variados, son en realidad pocos y semejantes.

En la novela picaresca la acción es una constante. Es una sucesión de aventuras que no para, y esa acción es uno de los elementos que la conforman. Este libro, que se declara abiertamente como una recreación de la picaresca, carece de ese elemento conformador que es la acción.

Como novela carece además de varios elementos esenciales al género: uno solo de ellos, irremplazable, es la ironía.

Oscar Collazos se complace en contar aventuras predecibles y a la postre insulsas. Además, no duda en adjudicarle las palabras más halagadoras a su personaje autobiográfico. Y aquí resulta más evidente el desfase con respecto a lo que se pretende, ya que un pícaro no puede pavonearse, haciendo tanto elogio de sí mismo, en un mundo supuestamente cruel y hostil.

Recordemos que el telón de fondo de la picaresca es la miseria. Para el crítico Rafael Gutiérrez Girardot la condición de vida del pícaro es la que lo lleva a convertirse en un estoico. Por lo tanto, la conciencia del *pícaro estoico* es, si no opuesta, totalmente diferente de la conciencia del narciso.

Una sola cita basta para darnos cuenta de esta diferencia categórica; se trata de la definición que el autor hace de su personaje y que se repite en varias ocasiones: "Un joven agraciado por la belleza y una espléndida voz de bajo". Las preguntas son: ¿un pícaro narciso? ¿un narciso metido a pícaro?, ¿es posible un pícaro sin estoicismo? El libro no tiene las respuestas. En él se celebra una conciencia egotista que se disfraza con el nombre de la picaresca.

No sobra añadir que el humor, la risa (asunto de los pícaros) está por completo ausente en la obra de Oscar Collazos.

Se impone, en este caso, una conclusión: este libro (novela y autobiografía) se encuentra por fuera del género en el que se inscribe.

Lo único rescatable es el uso de textos clásicos en el capítulo III, cuando establece la relación con el personaje mudo y erudito. Pero esto no basta para complacer al lector que

se ha ilusionado (por aquello de los subtítulos) con la posibilidad de leer las aventuras de un pícaro moderno.

Hoy en día las telenovelas pueden reproducir un estereotipo comparable al de la obra de Collazos con sólo reunir unos cuantos clichés, y no es apresurado pensar (como lo sugiere la Telerrevista de El Espectador) que muy pronto la veamos circulando en horario triple A. El trabajo de Oscar Collazos no fue suficiente para hacer una novela de nivel. Tal vez como telenovela obtenga mayor éxito.

MARIO DUARTE DE LA TORRE

Una seducción bien lograda

Otras historias de Balandú

Manuel Mejía Vallejo

Intermedio Editores, Bogotá, 1990, 167 págs.

“La mentira era verdad en sus labios inclinados al recuerdo”: ésta parece ser la frase que con mayor precisión describe la labor de Mejía Vallejo en *Otras historias de Balandú*. Mentiras contadas con el recurso mínimo de la evocación que no es sólo recuerdo, sino que, escudriñando en los fondos de la imaginación y de una memoria antigua, crea un mundo en el que lo ficticio parece más natural que lo verdadero.

Este libro, suma de narraciones cortas, encierra profundas verdades, las verdades simples de la creación, porque parte de un mundo inacabado en el que las cosas aún no han sido todas creadas. La labor de los hombres es ejercer su ingenuidad y la imaginación que les confiere este derecho para hacer realidad lo que les fue negado por un Dios cansado: lo ficticio, única posibilidad de vivir en medio de tanta realidad apabullante. Así, en cada relato Mejía Vallejo nos transporta a la realidad de los sueños, a la vigencia de las

leyendas de creación, en fin, a los orígenes míticos de las cosas elementales del mundo.

La naturaleza, como fuente principal de todo relato, es el camino para la soledad, estado predilecto de estos hombres unidos a su tierra por el extraño poder de la renovación constante de sus elementos. Únicamente en la solitaria comunicación con la tierra, la evocación y los sueños reavivan esa memoria secreta que conduce a las realidades verdaderas, interiores, que acuden como pilares de esa realidad externa inventada por todos, sostenida por las miradas de todos. Indudablemente esta comprensión y explicación del mundo no es posible sino con el espíritu lúdico de la infancia que actualiza en la narración el acto mismo narrado, porque la vida así entendida no es más que presente, suma de momentos que hace realidad el mito, verdad la mentira, y que es capaz de crear el mundo si es preciso. Por eso los personajes son siempre hombres con vida de niños, con ingenua mirada infantil, o niños propiamente dichos que crean el mundo a su antojo.



Claro ejemplo de esta creación es *Fogata*:

—Necesito el amarillo más fuerte— dijeron los cuatro años de Lucía, pincel y papel en sus manos.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a pintar el sol.

—Cuidado te quemas.

Sacaba su lengua, la recorría de comisura a comisura mientras se iban secando el anaranjado, el rojo, el amarillo en llamas sobre la hoja de papel.

—Se enrosca la hoja —dijo retirando de ella su mirada.

Cuando todo fue fuego negro para convertirse en ceniza plegada, una nube gruesa cubrió el sol, allá arriba.

—El sol quema las cosas —dijo Lucía, y tomó otra hoja para pintar con las cenizas una noche sin estrellas.

Y como éste, muchos otros relatos nos hacen pensar en el lúdico poder de creación que convoca las fuerzas de la naturaleza para transformar, aunque sólo sea por fugaces momentos, el mundo de la dispersión de los elementos y del cansancio de Dios.

Estas pequeñas prosas de Mejía Vallejo podrían inscribirse dentro de la tradición del mito en la literatura, del rescate del lenguaje, las leyendas y tradiciones de nuestro pueblo, una respetable labor que sigue su camino paralelamente al costumbrismo pero acerca de la cual cabe preguntarse si aún conserva su actualidad dentro de la literatura. Las corrientes y modas literarias en los últimos años han desplazado este género a la abominable denominación de “literaturas menores”, y si bien es cierto que algún tipo de costumbrismo ha perdido su sentido como testimonio del ser de un pueblo, creo que lo que hace de *Otras historias de Balandú* un texto rescatable es su trabajo sobre el lenguaje de la narración. Expresiones, dichos y creencias populares se entretajan en cada relato para crear el espectro de la oralidad como principio fundamental de toda literatura; bien sabemos, sin embargo, que lo oral sin más, al trasladarse a la escri-